

EL LEGADO DE LA SERPIENTE



JESSICA CORNWELL

JESSICA CORNWELL

EL LEGADO
DE LA SERPIENTE

Traducción de
Julio Hermoso

 Planeta

Título original: *The Serpent Papers*

© Jessica Cornwell, 2014

© por la traducción, Julio Hermoso, 2015

© Editorial Planeta, S. A., junio de 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2015

ISBN: 978-84-08-14146-4

Depósito legal: B. 11.090-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

En la sala de clasificación del extremo opuesto del claustro, el bibliotecario introduce un código de seguridad. Se apresura al pasar ante un archivador de teca rojiza, cajones del tamaño de una sola tarjeta, y reduce el paso, respetuoso, al atravesar la sala de lectura pública. Hay una estatua de mármol negro de un anciano que sostiene un libro, situada junto a la Virgen y una urna de peltre. Estanterías de roble forradas de lomos estropeados desde el suelo hasta el techo. Una balconada superior a la que se accede por una serie de escalones desven- cijados donde se puede llegar más alto apoyando una escalerilla con- tra los libros. Detrás de esto hay una segunda puerta que conduce a un sanctasanctórum. El sótano cerrado con llave donde guardan los manuscritos medievales de la abadía. Se detiene con brusquedad ante el puesto de limpieza.

—Tienes que lavarte las manos —dice el bibliotecario—. El libro es muy frágil.

Hago lo que me dice.

Los ojos del bibliotecario parecen vidriosos y húmedos en el bor- de de los párpados detrás de unas largas pestañas como las de un cervatillo. Tiene las mejillas ajadas y el pelo alisado sobre el cuero cabelludo. En su dedo anular, una simple alianza de oro. En la otra mano, el sello de una buena familia, emblema de obsidiana contra el *tweed* y la camisa azul de rayas. Cuando termino yo, él sitúa las manos bajo el agua hirviendo. *Un ritual constante*. Percibo su olor, el incien- so y el jabón fresco. El bienestar no le ha causado sufrimiento. Admi-

ro la línea de sus hombros mientras me abre paso; cuán fuerte debió de ser en su juventud, cuando levantó este lugar tal y como él me contó en su día, cuando sacaron los animales de estas dependencias medievales, reubicaron la mula, el buey y a quienes se habían metido allí a vivir, y reconstruyeron la abadía; este hombre se siente sin duda orgulloso de su vida mientras comparte su secreto conmigo.

El sótano no es amplio ni espacioso. Es incómodo, frío y húmedo, no muy distinto de una sala de interrogatorios. Una temperatura poco adecuada para la conservación de libros, dejo escapar un suspiro, pero al menos la luz no es perjudicial. Un deshumidificador zumba ruidoso en la entrada, vano intento de solucionar la humedad del aire. Unas bombillas eléctricas deslumbrantes proyectan un velo desagradable sobre el mortuorio de recuerdos sin sentido, una colección personal de lo antiguo y lo mundano en la abadía. Cuitas y delinquentes de poca monta. Libros de contabilidad e inventarios de trigo. Algunos, más grandes que un atlas; otros, más pequeños que un diccionario de bolsillo. El volumen que examiné la semana pasada —con cierta irritación— consistía en las compras para las festividades desde 1468 hasta 1532. *1487... Compra de dos trompetas y un sonajero, doce reales*. Todo etiquetado con números. Pares binarios con un centímetro de separación. *12 15 34. 76 85 19*. Por encima de esto, una forma más antigua de notación, desvanecida sobre la piel. No están en las mejores condiciones, ninguna de las dos, pero yo no soy responsable de ellas. Se lo podré decir al bibliotecario una y otra vez, que la vitela es un material orgánico, hecho con la piel de un animal, y que cuando se estira y se seca en su producción se extiende siguiendo las líneas del cuerpo del animal. El pellejo nunca olvida la forma de sus músculos, la situación de sus patas, corazón y cabeza, lo que provoca que el pergamino se arrugue. La tensión natural de la piel define la tensión en cada página, de modo que, cuando el pergamino se calienta, se enfría, se humedece o se seca en exceso, se mueve. En este sentido, los libros están muy vivos. Los restauramos aplicando calor y una presión suave, relajamos las pieles y les permitimos liberarse de recuerdos traumáticos. *Hay que tratarlos como criaturas que respiran,*

no como las calaveras de un osario. Los daños al exponerlos a los elementos. El deshumidificador es aceptable, pero no basta.

El bibliotecario se acerca nervioso. En el centro de una pequeña mesa de trabajo, una lámpara pende sobre dos triángulos de madera que sujetan la cubierta de un manuscrito abierto, hinchado y empapado de agua. Me quito el abrigo y lo dejo sobre la silla con el respaldo pegado a la pared. Me quito el pelo de la cara con unas horquillas. Al percibir mi expresión, los hombros del bibliotecario se hunden.

—Los primeros cuadernillos son parte de un libro de horas —dice él—. Pero el estilo cambia aquí de forma abrupta.

—Ha estado congelado. —*Mira cómo se encharca el agua.*

—Lo encontraron en la nieve. —Juguetea compungido con los gemelos.

—¿Y no se te ocurrió enviarlo directamente al Departamento de Conservación? Javier, no deberías haberme llamado para que viniese hasta aquí.

Un bufido surge de golpe de entre sus labios.

—¡Mea culpa! —Se postra—. ¡Al recibir el manuscrito me quedé petrificado por la tragedia! No fui capaz de pensar con claridad, el golpe me sacudió en lo más profundo del corazón. Estuve rezando durante una hora antes de poder actuar: me perturbó tanto lo que había encontrado...

Se estremece bajo el *tweed*.

—Somos los primeros testigos... —El bibliotecario alarga la mano y pasa las páginas.

Su dedo nudoso se desliza hasta la esquina opuesta.

—Han destrozado el libro. Muy crueles —se lamenta el bibliotecario—. Han sido muy crueles. Ven, mira, allá donde han cortado, la mano es de un pergamino diferente... —El bibliotecario observa el libro con los ojos entrecerrados y acerca la nariz al manuscrito—. ¡Se lo han llevado todo excepto una simple hoja!

Hojas cortadas con prisas y herramientas modernas. Cortes limpios. Nos quedan los restos de la carnicería. Una página dorada, las otras amputadas. *Un tocón rígido y brutal en el corazón mismo del manuscrito.*

—¿Me equivoco? —El bibliotecario jadea—. ¿Hay griego? Ahí oculto, debajo del oro, ¿no? ¿Me habré imaginado las letras, quizá? Los ojos..., la vista me engaña... ¿Puedes... me puedes decir lo que ves tú?

Un fantasma. Apenas visible en la página.

Miro más de cerca.

¿Es eso una alfa? ¿Una omega? ¿Leves borrones de caligrafía reconocible? ¿Debajo de la escritura gótica en latín? Mis ojos devoran la lectura, la boca abierta, puedo sentir el peso cada vez mayor de la lengua, que recorre las letras. Parpadeo y vuelvo a mirar. Y entonces la atrapo. La prueba definitiva: «Rex Illuminatus». Un nombre que vi escrito por primera vez en los márgenes de un libro de alquimia descubierto en Londres en 1872 gracias a una subasta privada en Kensington. El libro en sí se había publicado en Leipzig, una reedición de la obra *De la gran piedra de los antiguos sabios*, del alquimista germánico Basilio Valentín, acompañada de una serie de ilustraciones alegóricas titulada *Las doce llaves*. En la undécima llave, un entusiasta de la materia ha garabateado: «Y tal fue la transmutación lograda por el inmortal Rex Illuminatus». Y una flecha apunta hacia la máxima de Valentín: «Basta retirar de tus ojos el velo de la ignorancia y contemplarás aquello que muchos han buscado y pocos han hallado». En la página que tengo delante, allí de pie junto al bibliotecario de la abadía, veo su firma en pan de oro pintado sobre la imagen fantasma de unas letras griegas. *Restos de un palimpsesto Illuminatus*. Una caligrafía realizada encima de otra. Las huellas rojas de un venado en el barrizal. Viejas palabras, lechosas y medio olvidadas, túmulo amortajado en oro.

—Estás un poco pálida —dice el bibliotecario, que me acerca una silla.

Remángate. Ajusta la luz que tienes encima.

—Tenemos que estabilizar el pergamino. —Maldigo el temblor de mi voz, la sequedad. Desenfundo la cámara de mi bolso. *Sin flash. Captura tan sólo cuanto hay ahí. Regístralo todo*—. Picatrix vendrá y se llevará el libro al Departamento de Conservación de la Universidad de las Islas Baleares. Será necesario secarlo del modo apropiado; allí contamos con las instalaciones adecuadas.

Unos abanicos de moho violáceo engullen los márgenes dorados del libro y se extienden como la peste en el corazón de las letras. Una sola iluminación, pequeña, con texto debajo, un leve rayado en la página bajo los caracteres... Florituras mallorquinas, hecho en la isla. *La escritura se pierde. Pigmento friable de verdín, levantado en ciertas áreas, además de una exposición reciente al agua. Se me viene el alma a los pies. Húmedo, estado bastante crítico, el hielo se ha fundido con facilidad.*

—Habrà que hacer algùn papeleo: permisos, formalidades legales. Me quedaré aquì con el manuscrito hasta que dispongamos del medio de transporte adecuado. Una vez que nos lo hayamos llevado a nuestro departamento, tendrás acceso continuo durante el período de conservación, y te llamaremos para que nos ayudes a documentar dónde y cómo se encontró este libro. Aunque el libro abandone este lugar, eso no significa que vayas a despedirte de él para siempre. Cuando hayamos terminado con él, te lo devolverán.

Prosigo con el examen.

—Retirar la humedad puede llevar cinco o seis días..., si no más...

Quemaduras por los bordes del bloque del texto, y cera..., cera de abeja..., no es sebo..., salpicada por toda la vitela, así que es probable que estuviera guardado en una iglesia, o en casa de una familia acomodada. Profunda infección bacteriana: encuadernación de piel de oveja en proceso de deterioro... Siglo XVI, tal vez XVII, tablillas de madera, una rota. La hebilla ornamentada y el cierre sugieren que pertenece al período barroco, estampación dorada en la cubierta... Diseños minúsculos. Pergaminos en bifolio, mucho más antiguos, bruñidos por ambas caras, resaltados en oro y tinta ferrogálica..., arrugado de forma bastante seria, los taninos de la cubierta de cuero han manchado las primeras y las últimas páginas del libro. Allá donde se encontraba, estaba desprotegido y sin estabilizar. Mucho frío en invierno, y mucho calor y humedad en verano. Faltan las páginas más valiosas, robadas, se supone. En general, un desastre, suspiro.

Aunque confío en otras cosas.

No le digas lo que es.

El nombre me da vueltas y más vueltas en la cabeza.

Aparco el coche justo al norte del pueblo de Valldemossa, por el camino oriental que va a la ermita de la Santísima Trinidad. Se han llevado el libro a la universidad, pero he declinado la oferta de ir con ellos. Lo tratarán los químicos, el supervisor. Gente con la formación apropiada. Los médicos de los libros. Los cirujanos. Las máquinas, pigmentaciones y sustancias químicas adecuadas. Los escalpelos y humidificadores, imanes y pesos idóneos. Camino con enfado, quemando la energía.

Llegar tan cerca, tan sólo para perder lo más valioso. Pienso en Harold Bingley, calentito en su oficina londinense de Belgravia. *Somos vecinos de la reina, aquí en Picatrix.* Una situación idiosincrásica para una oficina, lejos de las bibliotecas y de los museos importantes, pero la preferida por el hombre que nos financia, dado que es la más cercana a su hotel favorito, aunque nosotros no lo vemos. Sólo Harold Bingley goza de tal privilegio. ¿Qué pensará? *Hemos localizado el objeto exacto que usted ha estado buscando, sin mérito ninguno por nuestra parte.* Una tormenta insólita, una vieja iglesia, un grupo de monjes que encienden un fuego y encuentran un libro que por casualidad resulta ser el palimpsesto que andábamos persiguiendo: *Nada de cuanto has hecho es digno de elogio.* Me imagino al hombre que recibirá esta información. *Han recuperado el manuscrito, señor, pero el palimpsesto Illuminatus no está. Lo han robado. Ha desaparecido. Se ha perdido.*

¿Se enfadará?

¿Estará animado?

¿Sentirá esta misma frustración violenta?

No sé nada de él, aunque abundan los rumores. *Es un inversor texano de capital riesgo, un norteamericano; en Nueva York, el tío financiaba el Metropolitan. Me han dicho que era un catedrático de Historia Antigua que recibió una inmensa fortuna heredada de su mujer brahmán recién fallecida. No, no, no, Picatrix es un ingeniero israelí de una start-up que vendió su plataforma a Google por tres mil millones..., obsesionado desde un principio con coleccionar los cuadernos de alquimia de Isaac Newton, va a la caza de las fuentes que estudió este físico inglés.* Hablamos de él sin conocer más que el tamaño de su cartera, que es inmensa, y sus convicciones intelectuales, que —por raro que se le antoje a una— parecen discurrir en paralelo a las mías. Y ahora me cuento entre los miembros del equipo del señor Picatrix. Le doy un puntapié a la nieve. No tengo nada que lo demuestre, salvo un libro mohoso al que le faltan páginas.

Entré en Picatrix hace dos años, una tarde de aguanieve. Esa luz titubeante propia de Londres en octubre. Me convocaron a un gran café en el distrito de St. James, en Piccadilly. Mármol blanco y negro deslumbrante en diseños geométricos, columnas suntuosas en laqueado japonés. Techos abovedados. Teteras eduardianas al estilo de Jorge III, destellos de plata. Peinados de peluquería y gemelos de oro. Michael Crawford, catedrático de Clásicas y archivista de la biblioteca de colecciones especiales de la Universidad de Stanford, llegó a la hora fijada acompañado de un caballero adusto y trajeado. Crawford, hombre de ademán dinámico y palabra amable, cómodamente asentado en los sesenta y tantos. Un leve deje del Medio Oeste. Mentor de mi época de estudiante universitaria. Especialista en imágenes multiespectrales, papirólogo. Su amigo, enjuto y nervudo, por así decirlo, tiene tan pálida la piel de las mejillas que podía verle el azul de las venas.

—Le presento a Harold Bingley, subdirector de Picatrix —dijo Crawford.

—Un placer conocerlo. —Extendí la mano.

—Lo mismo digo —ceceó Bingley.

Dicho aquello, llamaron al servicio.

—Día endemoniadamente desapacible —observó Bingley mientras Crawford le decía a la camarera:

—Nada de té para mí, yo tomaré un zumo recién hecho. ¿Pomelo con jengibre? ¿Alguien más?

Pedí con diligencia y oculté los zapatos bajo la mesa. Zapato bajo de cuero. Me los había puesto todos los días. Los cordones deshilachados. Agujeros en un lado, costuras abiertas. Salpicados de barro. «Desgastados por el uso» sería la forma cortés de calificarlos, pero estaban destrozados. Se agudizó mi ansiedad. La manicura sin hacer, ni rastro de maquillaje. *Voy a ser transparente para ellos.*

—¿Le gusta su investigación actual? —me preguntó Bingley.

—Mucho.

—¿Y su trabajo con las universidades? ¿Estimulante?

Hice una pausa. Cualquier respuesta afirmativa sería una mentira.

—No.

Harold Bingley garabateó en un cuaderno que había sacado.

—La novedad es buena para el alma. Un estímulo, lo mejor de todo. ¿No le parece, Crawford?

—Sin duda lo es —contestó Crawford.

Me preguntaron entonces si tenía alguna pregunta. *Picatrix está financiada por un multimillonario. ¿Supondría eso una limitación?*

—¿Cómo es trabajar para un jefe anónimo? —pregunté.

Bingley frunció el ceño.

—¿Cómo manejan la presión? —me empeciné yo—. ¿No tienen la sensación de hacer concesiones, intelectualmente hablando? En cuanto a los parámetros en que se mueven ustedes, quiero decir.

—Yo prefiero verlo como un privilegio —respondió Bingley con desdén.

—¿Y qué hay del hombre en sí?

—Nuestro fundador es un individuo bastante secular. No se casa con nadie. Su objetivo es la restauración y publicación de manuscritos perdidos, en particular las obras maestras literarias y científicas de

la Antigüedad que nos faltan... cuya desaparición él considera una de las mayores tragedias de la historia. Es un paleógrafo convencido.

—¿Describiría Picatrix como una organización secular?

—Con absoluta sinceridad.

—Y, si yo trabajase para ustedes, ¿no restringirían mis áreas de interés?

—Al contrario, señorita Verco, nosotros las financiaríamos.

¿*Que vosotros qué?*

—¿Todas ellas? —tartamudeé.

—Dentro de lo razonable. —Se volvió hacia Crawford—. ¿Está seguro sobre ella?

No inspiraba yo mucha fe.

Crawford asintió con aire de complicidad.

—Es una de las mejores que tenemos, Bingley. Yo no les traería nada menos.

Bingley tose con delicadeza sobre un pañuelo de lino.

—Ésta es nuestra oferta, señorita Verco. No tendrá una segunda oportunidad. Nuestro equipo es de élite. Nos encontramos en la situación única de poder reunir a los cerebros con los que deseamos trabajar. Picatrix confía en su inteligencia, y, si usted demuestra su valía sobre el terreno, nosotros la acompañaremos allá adonde se dirija. Bien, dado que se trata de su entrevista, me corresponde hacer preguntas. ¿Cómo se describiría a sí misma?

—La acabas de dejar sin respiración, Harold —se rio Crawford al otro lado de la mesa.

Harold Bingley esbozó una leve sonrisa.

—¿Por qué tanta timidez, señorita Verco? ¿Dónde reside su pasión esquivada?